

S. Estrada

—

# La Plata



BUENOS AIRES

IMPRESA DE PABLO CONI, ESPECIAL PARA OBRAS

60 — CALLE ALSINA — 60

—

M DCCC LXXXVI



AL SEÑOR GOBERNADOR DE LA PROVINCIA

DR. D. CÁRLOS A. D'AMICO

*En prenda de reconocimiento por los libros  
y noticias que por su influjo llegaron á manos  
de*

EL AUTOR.





# La Plata

---

La flamante capital de la Provincia de Buenos Aires nos atrae con su fama que, á fuerza de extraordinaria, parece antigua. Considerada empresa insensata por unos, conceptuada por otros obra portentosa, ni la censura acerba de los adversarios, ni el encomio benévolo de los partidarios de sus fundadores, han de inclinarnos en favor ó en contra de La Plata. Iremos personalmente á averiguar si esa ciudad puede desempeñar el papel brillante que le fué asignado en

un momento histórico solemne, ó si es uno de tantos de pueblos recientes que esconden bajo las galas del progreso, los vicios orgánicos de las primitivas agrupaciones urbanas.

Los primeros albores del día nos sacaron ayer de ese sueño agitado, que es una especie de transacción entre la fatiga del cuerpo que quiere descansar, y la actividad de la voluntad del alma que pretende levantarlo antes de la hora acostumbrada. El aire ténue y la luz difusa de la mañana, parecían anunciarnos que á la misma hora se opera diariamente una especie de renovación en la naturaleza, que le permite ostentar de continuo el cariz de la juventud.

Ya estamos en la estación del ferro-carril de la Ensenada, que con el del Sud no queremos tratos, pues, por fas ó por nefas, los trenes tropiezan unos con otros, ó dan

---

tumbos parecidos á los de las primitivas diligencias, causantes de mas inválidos que la misma guerra civil, que en lacrimosas eras nos diezmaba. No sabemos si la preocupacion de ver cosas nuevas nos absorbia por entero, pero es indudable que en todo lo que nos rodeaba descubríamos algo que cautivaba nuestra atencion. Los asientos de los departamentos de primera clase forrados de paja, á la manera de los del Brasil, los frenos modernos con que se detiene instantáneamente, en caso de peligro, la marcha de los trenes, y la inquietud de la fisonomía de los pasajeros, nos impresionaron agradablemente. Aquella masa humana se movia al impulso de la política, del interés y de la curiosidad. La mayor parte de las caras eran conocidas, y esta circunstancia nos permitió calcular quien se encaminaba á la ciudad nueva guiado por la esperanza, y quien em-

prendia aquel viaje con la seguridad de regresar con el lucro en la faltriquera. Los jueces que iban á sus despachos, los empleados que se dirijian á sus oficinas, los ingenieros cuya presencia solicitaban las grandes obras del puerto, los arquitectos requeridos por las necesidades de los edificios de La Plata, leyendo los diarios de la mañana, conversando ó fumando, demostraban, en el momento de arrancar el tren, el hastío que produce el ir y venir diariamente, á horas dadas, por el mismo camino, obedeciendo á las imposiciones de la necesidad y de la obligacion.

La vía férrea de la Ensenada recorre la parte mas vieja, mas pobre y mas descuidada de la ciudad de Buenos Aires. Parece que las orillas de los rios fueran el punto de reunion de las gentes pulcras y de las gentes puercas. Unas buscan el agua para limpiar sus habitaciones, y otras la persiguen para ensu-

---

ciarla con los despojos de sus viviendas. La ceja del terreno que domina el viaducto, batido por las ondas del Plata, que se despezan en la arena, ostenta, como vegetaciones extrañas, numerosas casuchas de ladrillo carcomido por la lluvia y el tiempo. Aquí y allá asoma con su capacete de hoja de lata, una que otra habitacion formada de tablas de cajones usados. Los moradores de esos tabucos orean ropa blanca en cuerdas sostenidas con puntales de caña, ó ventean girones de trapos indefinibles á guisa de estandartes de la mugre. Pronto, felizmente, podrá recrearse la vista en mas poéticos cuadros. Los ojos pasan con pasmosa celeridad de las torres bizantinas de Santa Felicitas, á las copas frondosas de los árboles de los jardines de la avenida «Montes de Oca»; del bosque de mástiles del Riachuelo, al caserío de Barracas; de las huertas umbrosas de Quilmes,

al parque de la Estancia de Iraola, que, mirado de lejos, parece impenetrable, pues se interpone como verdosa aterciopelada muralla entre el espectador y el horizonte.

Nos aproximamos á Tolosa, que es, por decirlo así, el arranque de La Plata. D. Martin, hijo de Don José Iraola, señor un tiempo de aquellos campos tan bien labrados, prematuramente arrebatado por la muerte á esta sociedad, que le es deudora en mas de lo que ella cree del desenvolvimiento del gusto artístico, del progreso de la industria rural, y de la difusion de árboles de adorno y utilidad, como, por ejemplo, el eucaliptus, y otra persona á quien nos abstenemos de nombrar por temor de enfadarla, fundaron el pueblo de Tolosa, con pocas casas y un retoño del roble simbólico de Guernica, que les trajo de España Don Marcos Muñoa, y que á la sazón sombrea buen espacio de la plaza, dándole

el mismo nombre de la antigua capital de Guipúzcoa, porque en ella nacieron algunos de los antepasados que les legaron buena fama y abundante hacienda.

Cuando se trató construir la ciudad de La Plata, propúsose el Gobierno de la Provincia fundarla en un local ni lejano ni próximo á Buenos Aires. La eleccion recayó al Sud, donde residen los intereses mas valiosos de la Provincia. Las tierras altas de la Enseñada, expropiadas á la familia de Iraola, fueron elegidas por la inmediacion al puerto. Realizados los trabajos requeridos, podrán fondear los buques de mayor calado que entren al Plata. Ahorrando ellos distancia, y el comercio gastos; este puerto atraerá, segun los cálculos de los fundadores, á los navegantes y especuladores de la Provincia de Buenos Aires. Rivadavia, Wheelright, Ve vans, citados por el Gobernador en un Men-

saje á las Cámaras, pensaron sériamente en la realizacion de esa obra. M. Waldorp, ingeniero hidráulico contratado expresamente para llevarla á cabo, entiende que el puerto de la Provincia de Buenos Aires está destinado á reducir á la tercera parte los gastos de carga y descarga, y á disminuir tambien los fletes y los seguros marítimos, en provecho del comercio de la República Argentina.

Pero no nos adelantemos, que estamos en Tolosa, y á su tiempo iremos al puerto. Como hemos dicho, fué este el punto de arranque de La Plata. En él almorzaban los que iban á la embrionaria capital, y satisfecha esta necesidad, trasladábanse á ella en coche ó en el ferro-carril de trocha angosta, llamado Decauville, que tantos servicios ha prestado. En Tolosa vivian de fijo los ingenieros, arquitectos y obreros principales que tenian á su

---

cargo la edificación oficial. Tolosa fué designado como el sitio mas aparente para asiento de los grandes talleres del ferro-carril del Oeste, que están á punto de terminarse. Constituyen estos el mejor edificio de su género de toda la República, pues responde, sin excepcion alguna, á todas las necesidades del servicio. Puede contener en reparacion y á cubierto veinticuatro locomotoras y noventa vehículos de pasajeros y mercaderías.

La estadia de la colonia constructora de la Plata, aumentó, como es natural, el número de las habitaciones de Tolosa. Cuando el tren echa á andar hácia la estacion de la Capital, véense, en ambas veras del camino, esas casas endebles, de madera grosera la mayoría, abandonadas muchas de ellas, como si fueran despojos que el progreso fuera dejando atras en su marcha triunfal.

Llegamos finalmente á la estacion monumental de La Plata. Al aproximarse la locomotora, los que esperan á los conocidos, que son muchos, cubren el andén, mientras que en la parte de afuera, se aglomeran los cocheros, que aguardan con los carruajes descubiertos á los visitantes, urgidos por lo angustioso del tiempo de que disponen. La plataforma se ocupa y desocupa en un abrir y cerrar de ojos, y los hoteles del Comercio, Bruny y Fablet se tragan la concurrencia, que trata de reparar las fuerzas. Entramos empujados por la ola humana en el último, pedimos algo que almorzar apresuradamente, nos sirvieron á escape, y salimos á la calle otra vez reflexionando que en aquella ciudad de formacion volcánica, impulsado todo por el progreso, todo marcha á vapor. Hasta la conversacion adolece de la forma telegráfica. Pero cuando se compara esa ligereza,

que al parecer participa algo de la inestabilidad de las cosas mal basadas, con la pesadumbre de los monumentos destinados á soportar el peso abrumador del tiempo, se comprende que dimana ella del carácter flotante que conserva una parte numerosa de esa poblacion, que todavía no ha logrado arrancarse de cuajo de Buenos Aires.

Consagremos un momento á la topografía del sitio que pisamos. Constituyen esta localidad dos terrenos de diversa formacion. La parte baja no es sinó la prolongacion del bañado de Quilmes, como la parte alta no es otra cosa que la prolongacion de las barrancas del mismo pintoresco partido. Anegadiza aquella, inadecuada esta para recoger y conservar agua, la eleccion de la segunda no podia provocar controversia. La parte baja, segun los apreciables estudios publicados por el laborioso Dr. Coni, es una for-

macion moderna de aluvion, que contiene capas de arcilla y arena anteriores, sobre las cuales el Plata deposita sus sedimentos. Constituye la parte alta un terreno cuaternario, parecido al del resto de la Provincia, con una capa marina en la eminencia de las lomas, formada por aglomeraciones de moluscos, de los cuales se obtiene cal mezclada con tosca. A dos kilómetros al Norte de Tolosa, á lo largo de las barrancas, estiéndense las dunas que determinan el pasado dominio del mar. Consolidadas por la vegetacion que las estrecha, sirven de réparo á la arena cuarzosa de grano anguloso, empleada con éxito seguro en las obras de albañilería. Carecen de humus los terrenos bajos de la Ensenada, y abundan de la misma sustancia los terrenos altos, por lo cual escasea el cultivo en los bañados y no se echa de ménos la labranza en las lomas.

---

El ejido de la Plata está comprendido en cuatro valles, cuya elevacion mayor no llega á veintiseis metros sobre el nivel del Rio de la Plata. La ciudad forma un cuadrado, con un bulevar de circunvalacion de cien metros de ancho. Las manzanas en que está repartida, miden ciento veinte metros por costado. Dos bulevares centrales cortan la ciudad. Entre estos dos bulevares hay algunas manzanas de la medida expresada anteriormente, y otras que empezando en sesenta metros, van aumentando, poco á poco, hasta llegar á la longitud de las demás. Dos grandes diagonales atraviesan de un extremo á otro la poblacion, y seis menores comunican entre sí los parques y las plazas. El repartimiento de los edificios públicos en diversos puntos de la ciudad, ha impedido, como observa con acierto el Director de la Oficina del Censo, la aglomeracion de

las casas de particulares en un solo sitio.

La colocacion de la piedra fundamental tuvo lugar el 19 de Noviembre de 1882. En esa fecha ya apareció transformado el terreno en que pocos dias antes pastaban libremente los ganados. Desde la estacion se abovedó con conchilla los bulevares 1, 51 y 53, colocándose en ellos la vía Decauville, que debía conducir la concurrencia hasta la plaza principal. Construyóse en la misma varios palcos destinados á las autoridades y al séquito oficial. Armóse tambien el salon de conciertos que figuró en la Exposicion Continental, para servir el banquete con que el Gobierno obsequió á los invitados á la ceremonia. Este primer edificio de La Plata prestó despues servicios parecidos al del dia de la inauguracion, siendo posteriormente depósito de adornos para fiestas populares, teatro de zarzuela, local de la Exposicion

Rural, y ahora, si no estamos equivocados, fábrica de telarañas.

Las obras grandiosas impresionan poco á poco ó de buenas á primeras. Si sorprende admirarlas como salidas de la nada, deleita tambien verlas adquirir forma progresivamente, elevándose de entre los montones de piedra bruta, mármoles labrados, arcilla, hierro, madera, cal y arena. De la misma manera que el que llega á la comarca de Quito dificilmente separa los ojos de los cráteres de los volcanes escalonados que dominan las montañas del Ecuador, conceptuamos dudoso que el que visite por primera vez La Plata, distraiga la atencion, absorbida por el conjunto de las cúpulas, torrecillas, agujas y techumbres de sus palacios suntuosos, para posar la mirada en los detalles mínimos de la ciudad. La Plata no ostenta como Tebas cien puertas, ni templos soste-

nidos por centenares de columnas, ni avenidas cubiertas de esculturas y geroglíficos, ni vastas galerías destinadas á sepultura de señores y magnates. La traza ó estructura de La Plata tiene analogía con las ciudades nuevas de los Estados Unidos, que Jonveaux dice que rivalizan con los centros mas importantes de la moderna Inglaterra. «Se cree asistir, agrega, á una escena de las *Mil y una Noches* cuando se vé á Chicago, la reina del Oeste, salir de la tierra como por encanto, con sus iglesias, sus universidades, su comercio y su órden político».

Tanto el Gobierno que fundó La Plata, como la Administracion que ha continuado con perseverancia tan magna empresa, se han hecho acreedores á la gratitud de los hijos de Buenos Aires. La mas brillante página de la historia de La Plata, corresponderá, indudablemente, al Dr. D. Dardo Rocha.

---

No es difícil concebir un proyecto grandioso, pero excede á las condiciones comunes del hombre la facultad de abarcar las grandes líneas, sin descuidar los pequeños detalles, y la persistencia para dominar las contrariedades y llegar con aliento á la meta suspirada. Cuando apenas estaba delineada la ciudad, y precedidos por el Cura, revestido con los ornamentos del caso, volvian los altos funcionarios y los empleados vestidos de gala, caminando sobre terrones y raices recién arrancadas, de colocar alguna piedra fundamental, maravillábanse los presentes viendo á Rocha señalar con el aplomo del convencimiento algun sitio, y oyéndole decir: « Ahí está la Catedral, la casa de Gobierno, la Legislatura ó el Banco ». Cierta dia alguno recordó la heroína de la mejor novela de Octavio Feuillet, que convencida firmemente de que su noble padre no podia ha-

berla engañado al asegurarle que correspondía á sus descendientes un caudal que otros poseían, litigaba con la seguridad de vencer y de emplear el beneficio que le produjera el pleito en la erección de un templo gótico, que daba por hecho, y en cuyo plano mejoraba todos los días una cornisa, un roseton ó un ventanal. La fé ciega, absoluta, avasalladora, constituye una fuerza de cuya eficacia imponderable, en el órden material, responde la ciudad que contemplamos en este momento. El ideal de La Plata se ha incorporado á las cosas reales, como el sueño de la Armórica.

Tres capillas, la de San Ponciano, de estilo gótico, y las de San Benjamin y los Corazones Unidos, han precedido á la magnífica Catedral, calculada para contener entre sus muros quince mil personas. El arquitecto Benoit, ha dado á la planta la forma de la

---

cruz latina, prefiriendo á los demas el estilo ojival, que empezando en la primer Cruzada, alcanzó el mayor grado de desenvolvimiento al iniciarse la última. Produce asombro la montaña de ladrillos que domina el sitio en que deben lanzarse al aire sus torres afili-granadas. Cautiva tambien el aspecto severo del palacio de los tribunales, cuyo exterior concuerda con la fachada del Louvre; arranca involuntario aplauso la sencillez elegante del Departamento de Escuelas, con su soberbia escalera de mármol de Carrara; el airoso pórtico de la Legislatura trae á la memoria los tumultos populares en las gradas del foro romano; la Municipalidad parece la gran casa de la ciudad, donde los buenos vecinos, familiarmente reunidos, se afanan por conseguir la moralidad, la salud y el ornato de la poblacion. El palacio de Gobierno, con el frontispicio soste-

nido por columnas de mármoles de colores; los Ministerios de Gobierno y de Hacienda, rodeados de jardines, con sus galerías y vestíbulos cubiertos; los Bancos Provincial é Hipotecario, con los techos cuajados de artesonados, las paredes pintadas primorosamente, los pisos formados de maderas preciosas y las estátuas de blanquísimo mármol; el Departamento de Ingenieros, la Policía, y hasta el arco de entrada del «Parque Buenos Aires», copiado del que para el teatro de la Opera de París dibujó Garnier, son monumentos dignos de figurar entre los mejores de París y Lóndres.

La ley autorizando una emision de cincuenta millones de pesos moneda corriente, destinada para préstamos á los empleados que quisieran edificar, ha producido benéficos resultados, aumentando considerablemente la poblacion y la edificacion de La

---

Plata. Tambien ha influido en el aspecto general de la ciudad, la introduccion y construccion de casas para obreros. La cuestion de alojar bien al pueblo ha merecido estudios sérios en los pueblos sajones, principalmente en Inglaterra. «El pueblo se educa mal, escribe Castro y Serrano, porque vive mal. Démosle una casa sola para vivir; aislemos los sexos y los estados; separemos las familias en busca de emulacion; procurémos la salubridad aereando las viviendas, calentándolas en la estacion fría, surtiéndolas de aguas sanas; corrijamos las costumbres estableciendo la independencia en los servicios domésticos; que la cocina esté lejos del dormitorio, que la habitacion de los padres no sea la de los hijos, que el lavadero no esté á la intemperie, que el secador facilite la ocasion de lavar la ropa». Mucho de esto ha conseguido en La Plata la iniciativa oficial.

Desde luego se ha suministrado al pueblo agua buena y barata, tomada de pozos semi-surgentes, desusados en la República Argentina. Solamente aquellos que no se dan cuenta de que las naciones tienen infancia como los hombres, tachan á la antigüedad hasta de haberse divorciado del agua. Moisés dió de beber al pueblo hebreo sediento, y, obedeciendo á divina inspiracion, mandóle que usára el agua para purificar el cuerpo de inmundicias. Menés, el fundador de Ménfis, la circundó de un lago que se comunicaba con el Nilo.

El tranvia que ya recorre toda la ciudad de La Plata, y que no tardará en llegar á Tolosa y la Ensenada, construido por el progresista ciudadano Don Manuel Gimenez, nos acercará á los Mercados, el Teatro, el Museo, la Biblioteca, el Observatorio Astrónomico y el parque « Buenos Aires », que cobijará con

sus árboles á los que estudien las capas inferiores de la tierra y observen las capas superiores de la atmósfera. Sentimos no divisar, siquiera á la distancia, el Hospital «Melchor Romero». El nombre de esa caritativa casa compendia una historia terrible y una leccion ejemplar. Melchor Romero fué, si no estamos equivocados, condiscípulo del fundador de La Plata. Dado á la carrera del foro, tomó momentáneamente las armas, y se distinguió en los combates del Paraguay, lo mismo que en las lides de la Universidad de Buenos Aires. Regresando por tierra de Chile, donde residía una parte de su parentela, despues de haber dado palabra de matrimonio á una señorita que lo llora todavia, contrajo el cólera y murió abandonado, porque el temor de la peste suele borrar en el corazon de los hombres el sentimiento de la caridad. Como homenaje á la simpática memoria de ese mozo,

y como castigo al egoismo humano, lleva su nombre el Hospital de La Plata, que mantiene abiertas constantemente las puertas á los desgraciados que se acerquen pidiendo, antes que todo, un poco de agua, y despues una cama en que echarse á descansar ó á morir.

Vamos al puerto que ya nos esperan fuera del hotel, todo lo contrario que impacientes, con lacabeza gacha y tan flacos que ni las vacas magras de la Biblia, los jamelgos enganchados á un carruaje de alquiler. Como bajo una mala capa suele ocultarse un buen bebedor, esas pobres bestias que nacieron y morirán en los bañados, muestran en los pantanos de la Ensenada unos brios y una inteligencia que no se sospecharian ni en los caballos criados con los mimos del pesebre y la diaria racion de cebada y alfalfa.

Un camino, cubierto antes de sustancias

---

calcáreas, y empedrado hoy segun el sistema de trotadoras, conocido desde tiempo remoto con el nombre de « Blanco », conduce sin esfuerzo á la Ensenada, demostrando en el país en que la escasez de las vias de comunicacion prolonga el estado de pobreza de las poblaciones, privadas de movilizar sus productos naturales, por qué fueron grandes materialmente en la antigüedad Grecia y Roma. Las tribulaciones del espíritu y la tortura de los huesos empezaron al acercarnos á las calles del pueblo de la Ensenada de Barragan. Durante la dominacion ibérica fué el puerto de esta poblacion como un apostadero de la estacion naval española en el Rio de la Plata, defendido por una batería formada de plataforma, troneras y taludes groseros y de poca consistencia, á pesar de que todavía existen rastros de ella. La Ensenada tiene algo que contar á los que la frecuentan

ahora de paso para el puerto de La Plata. Apercebido el Marques de Sobremonte en 1806 del peligro de un desembarque de fuerzas inglesas en estas costas, mandó á Liniers á la Ensenada con fuerzas de mar y tierra. Sir Home Pophan desprendió, en efecto, algunos buques del Cabo de Buena Esperanza, conduciendo tropas á las órdenes del General Berresford. Liniers, firme en su puesto de honor, rechazó las naves que intentaron reconocer el fondeadero de la Ensenada, obligando al enemigo á seguir aguas arriba, hasta anclar frente á Quilmes. La Ensenada puede, pues, vanagloriarse de haber sido la primera poblacion argentina que notificára al mundo con la voz de sus cañones, la resolution nacional de no soportar ningun yugo extranjero.

Como uno de los principales fundamentos para establecer la capital de la Provincia en

los terrenos elevados de la Ensenada fué la facilidad de mejorar y ensanchar el puerto, preocupóse el Gobierno de llevar á cabo, en el menor tiempo posible, las obras necesarias para conseguirlo. Buscóse en Holanda el ingeniero capaz de poner en práctica los proyectos concebidos. La naturaleza especialísima del país nombrado ha contribuido á formar entre los holandeses excelentes ingenieros hidráulicos. Surcada la Holanda por canales, que en el invierno se convierten en caminos de hielo, puede observarse con asombro que la mayor parte de ellos están elevados sobre el suelo y encajonados entre fuertes diques de mampostería y sillería. Provincias enteras, como Groningue y Frisia, ocupan un nivel mas bajo que el del mar, y están protegidas tambien de sus caprichos y enojos por diques colosales.

Recomendados al ingeniero Waldorp, y á

los contratistas de las obras del puerto, Lavalle y Medici, nos detuvimos, antes de saludar al primero, en el puente provisorio echado sobre el canal del Oeste. Desde allí veíamos las casas de los ingenieros, los alojamientos de los peones, los depósitos de útiles y herramientas, y, sobre todo, en el agua dragas, chatas, remolcadores, canoas, angadas, vaporcitos, banderas que el viento hacía flamear, velas plegadas en los mástiles, y nombres conocidos grabados en los transportes de la empresa. Formaban contraste imponente con el silencio sepulcral de la población de la Ensenada, cuya vida parecía reconcentrada en esta extremidad, el rumor lejano de los motores de las dragas, los martillazos de los herreros que remachaban los fondos de una embarcación, los chillidos metálicos de las lanchas á vapor, la caída de los remos sobre el agua del canal,

---

el traqueo de los carros que transportaban arena, el toque de prevencion de los conductores de los trenes que arrastraban sendas toneladas de tierra, y el canto alegre de los trabajadores que se dirijian á los muelles de la embocadura del Plata.

Buscamos y encontramos en su despacho al Ingeniero Waldorp, anciano de respetable aspecto, á la sazón rodeado de tres hijos, ingenieros como su padre. Nos pareció una figura flamenca desprendida de un cuadro de Van-Dick. Puso él á prueba la buena voluntad de sus hijos, y con guías tan excelentes, nos embarcamos en el canal del Oeste, pasamos el arroyo Ignacio, el rio Santiago, la isla del mismo nombre, partida por la mitad, vimos el trabajo empezado en el lecho, el ferro-carril construido sobre faginas en la orilla izquierda, los muelles que entran en el Rio de la Plata, con sus taludes de

piedra, y las portentosas dragas que absorben y escupen la arena, deshaciendo y haciendo, porque al mismo tiempo que ahondan los canales, levantan, con los residuos de las excavaciones, las márgenes deprimidas y cenagosas, cubiertas de sauces, seibos y espadañas.

Las obras del puerto de La Plata son talvez las primeras de su clase que se han emprendido abarcando desde el principio, el trabajo completo de las diversas secciones en que se dividen generalmente. Deberáse á tan notable circunstancia su terminacion en el breve plazo de dos años mas. Pretenden los pesimistas que la evolucion política porque va á pasar el país paralizará esas obras. No creemos que el encono pueda armar el brazo del vandalismo. El puerto de La Plata es un progreso y un beneficio que pertenecen á la nacion entera, pues

---

él no importa otra cosa que la solución del problema del puerto de Buenos Aires, ahorrando á la República considerables desembolsos.

Veamos en qué consisten las obras que acabamos de visitar. Un gran dique de mil ciento cuarenta y cinco metros de largo, por ciento cuarenta de ancho en el fondo, tiene á uno y otro lado los muelles de carga y descarga. Comunicase este mismo dique con el Rio de la Plata, por medio de un canal de siete mil setecientos cincuenta metros de longitud. Este canal está dividido en tres partes, que son el canal exterior en el Rio de la Plata, protegido en ambos lados por muelles con escolleras de piedra; el canal que atraviesa el terreno anegadizo de la isla Santiago, y el canal de acceso al gran dique, que cruza el espacio comprendido entre él y el rio Santiago. Por medio de dos cana-

les se refrescará el agua del mismo, siempre que se considere oportuno. Constrúyese también un dique de cabotaje, al extremo del canal del Oeste, que permitirá embarcarse en la ciudad de La Plata. El ferro-carril del Oeste, y todos los que con él empalman ó se comunican, llegarán á cargar y descargar á los costados del gran dique. Coronarán los trabajos del puerto, mas que mediados á la sazón, algunos canales secundarios de desagüe, las alcantarillas y los puentes de los ferro-carriles destinados al tráfico del puerto.

Como el día llegara á su término, tuvimos que separarnos malcontentos del puerto de La Plata. Absortos y silenciosos nos echamos en el fondo del coche, y clavamos los ojos en el parque trazado por Iraola, que parecía brindarnos su tranquilidad y su sombra para hilvanar nuestros recuerdos. Al penetrar en la ciudad, el alumbrado de los bazares,

tiendas, almacenes, fondas, cafés y billares diónos cuenta clara del progreso comercial de aquel agrupamiento de veinte y siete mil personas, animadas del deseo de lucrar para vivir en la abundancia.

Como es reciente el empleo de la luz eléctrica en el alumbrado de la ciudades, háse escogido el sistema de aplicacion denominado Bruschi, que és tambien el mas moderno de los conocidos, para ensayarlo en todo lo que concierna al servicio. Se ha adoptado indistintamente torres y lámparas, y ahora se trata de multiplicar las primeras. De este modo, al salir de un rádio iluminado, se entrará en otro, y, segun dicen, desaparecerán las grandes sombras que proyectan los aparatos aislados. Calcúlase que doce ó catorce torres, con carbones que produzcan la luz de doscientas cincuenta mil velas de estearina, formarán una especie de alumbrado

atmosférico. La torre colocada en el centro de la plaza de la Legislatura, mide ciento cincuenta piés de elevacion, y es como un faro que señala al navegante el puerto de La Plata, diez leguas antes de llegar á Buenos Aires. Pareciónos luz espectral, fantástica, la que bañaba la ciudad al alejarnos de ella. La misma luz de azulada y pálida luna alumbra las ruinas que aparecen en el acto cuarto de *Roberto el Diablo*, pobladas de fantasmas, evocados por el llamamiento de Beltran, y las poéticas orillas del Peneyos, encantadas por la presencia y las danzas de las nereidas, en el momento en que Mefistófeles y Fausto huellan la tierra clásica de Pericles.

Llegamos á La Plata dudando, y hemos salido soñando. Hay en ella algo de extraordinario, que no es simplemente el resultado del dinero empleado, ni de la pasion exal-

---

tada por las dificultades. Cedida la ciudad de Buenos Aires á la Nacion, para establecer definitivamente la capital de la República, debia compensarse de alguna manera á la Provincia la pérdida de su capital histórica. No era factible que otra ciudad fuera, de buenas á primeras, teatro de acciones tan gloriosas como las que Buenos Aires presenci6 en 1806, 1807 y 1810; pero era posible darle una heredera directa de esa fama ya proverbial, realizada por la abnegacion política, que en pocos años de incesante labor reuniera en ella todas las conquistas materiales que la civilizacion humana ha realizado en diez y nueve siglos de ásperos afanes. Refieren los historiadores de Babilonia que la reina Amitis echó de ménos un dia, á pesar de la magnificencia de los palacios de las orillas del Eufrates, las montañas y los bosques de la Média que habia visto y amado antes.

Conmovido el soberano con el recuerdo de Amittis, mandó formarle una montaña y plantar en ella un bosque, de manera que la melancólica pudiera contemplar desde su morada, el primer jardín colgante de Babilonia, enriquecido después con todas las plantas del mundo y regado por las aguas generosas del Eufrates.

Sorprende aun á los que viven en el centro de Buenos Aires la actividad de La Plata. Ese movimiento difiere completamente de la agitación de las fuerzas ciegas de la naturaleza, que allanan ó levantan la costra de la tierra. Producto de la acción fecunda de la inteligencia, trueca lo inaccesible en practicable, lo seco en húmedo, lo húmedo en seco, deprime lo que por elevado sirve de obstáculo, y eleva lo que por bajo carece de utilidad. Merced á las combinaciones admirables del ingenio y de la mecánica, derrí-

---

banse selvas, desécanse pantanos, riéganse campos, arráncanse malezas y rotúranse itsmos. La energía del que dirige la labor, la abundancia del capital que se le consagra, y el trabajo perseverante del hombre que come el pan amasado con el sudor de la frente, pueden llegar hasta infundir sávia á la arida arena del desierto. Nada de lo que vemos en La Plata cuesta lágrimas ni sangre. Las Pirámides de los Faraones y los monumentos de los Incas, son pruebas irrecusables de la esclavitud secular de los pueblos orientales y americanos. La apertura del itsmo de Suez y la perforacion de los Alpes, han inspirado una especie de odisea del trabajo libre, que ha tenido por Homero á la humanidad entera. Heredera La Plata, lo repetimos, de las conquistas de muchas civilizaciones, carece de los inconvenientes de los pueblos fundados por los conquista-

dores españoles y los indígenas americanos. Amplia, con agua, con plazas, con jardines, con árboles, con sombra, con aire, con luz, no tiene tabucos, ni bohardillas, ni focos de infeccion, ni pudrideros humanos. Por eso, como ya hemos dicho tambien, es una ciudad nueva en cuanto á la forma, que por lo monumental parece antigua. Pertenece á la época en que abrimos los ojos de la inteligencia sabiendo prácticamente lo que antes se aprendia con dificultad en medio siglo de estudio. Ha comenzado con templos suntuosos, escuelas adelantadas, bancos acreditados, industrias florecientes, teatros, circos, jardines, y alumbrada durante la noche por la luz intensa del relámpago, que de fugaz é indómita que la formó naturaleza, resulta ahora fija y obediente, domada por el hombre, que la ha detenido en su marcha imponderable á traves del espacio. Si la

sorpresa que el progreso extraordinario de La Plata causa en el ánimo de quien por medio de la lectura y la narracion, está familiarizado con él, és grande, calculemos la maravilla que la vista de ese cuadro inesperado producirá en el visitante desprevenido ó recién llegado á estas playas, é imaginémonos, sobre todo, la pavora que se apoderaría del medianero de D. José ó de D. Martin Iraola, ausente muchos años del pago, al divisar de noche y á la distancia, las luces de la ciudad, y tropezar despues con una casa donde estaba el palenque, y con un palacio soberbio donde se erguía á duras penas el rancho humilde que habitaba.

Si La Plata no fuera la demostracion tangible, monumental, de las proezas realizadas por la ciencia, la industria y el arte contemporáneos, aunados á la inquebrantable voluntad de un patriota, parecería, des-

crita por un hombre imaginativo, la ciudad entrevista, como en sueños, por una mente exaltada por la monomanía de las grandezas. En los países setentrionales del otro continente, motivaría una fabulosa tradición, que referiría á las generaciones venideras que los génios del progreso construyeron en ella, durante la noche, los palacios que, durante el día, trazaron los génios de la poesía meridional !

Enero 20 de 1886.



